



LA TERMINAL DEL TIEMPO

MARCO RICARDO PANTE QUISHPE

Créditos

La Terminal del Tiempo

Autores

Marco Ricardo Pante Quishpe

Primera edición impresa:

12/14/ 2024 ISBN: 978-9942-7324-2-2

Revisión científica:

Dra. Marcia Arbusti – Universidad Nacional de Rosario

Dra. Angelita Martinez – Universidad de la Plata-Argentina

Publicación autorizada por: La Comisión Editorial presidida por
Andrea Maribel Aldaz

Corrección de estilo y diseño: Pablo Cevallos

Imagen de cubierta: Sandra Valentina Chulde

ISBN: 978-9942-7324-2-2



Derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra por cualquier medio impreso, reprográfico o electrónico. El contenido, uso de fotografía, gráficos, cuadros, tablas, y referencias es de exclusiva responsabilidad de los autores.

Los derechos de esta edición Impresa son del autor

Prólogo

¿Qué es el tiempo dentro de la existencia humana? Es una pregunta simple, pero con respuestas infinitas. Dante, un hombre atrapado en una espiral de crisis existenciales, lucha por mantener la coherencia en su vida diaria. La partida de quien consideraba su alma gemela lo deja sumido en una profunda incertidumbre, desencadenando un viaje introspectivo que lo lleva a la *Terminal del Tiempo*, un lugar tan caótico como sus propios pensamientos.

La Terminal es más que un espacio físico; es una representación de su mente, un lugar donde los recuerdos reprimidos y los momentos de dolor se desenvuelven ante él. En este lugar, Dante observa su vida como un espectador. Mira las imágenes de un pasado que había enterrado sin comprender del todo y, al enfrentar el sufrimiento de sus padres, siente que su alma se quiebra, como un espejo roto en mil pedazos. Los rincones oscuros de la Terminal reflejan sus dudas, sus miedos y los fragmentos de una vida marcada por el dolor emocional y físico.

Cada rincón de la Terminal le muestra escenas de personas a quienes amó y perdió. En su recorrido, Dante se encuentra con personajes que representan sus propios conflictos internos, figuras que desafían su comprensión y que lo obligan a enfrentarse a sí

mismo. La Terminal del Tiempo, con sus pasillos interminables y sus tranvías que se cruzan, lo invita a reflexionar sobre sus decisiones pasadas y las posibilidades de un futuro aún incierto.

En este lugar, el tiempo no fluye como un río constante, sino que se despliega en una red de tranvías que conectan el pasado, el presente y el futuro. Cada tren que llega a la Terminal representa un fragmento de su vida, una decisión no tomada o un momento olvidado. A medida que Dante avanza, se enfrenta a la dolorosa verdad de que no puede reescribir su historia, solo puede aceptar lo que fue y seguir adelante. Pero esto no es fácil para él; cada paso que da lo enfrenta a una pregunta sin respuesta, a una duda que ha evitado por mucho tiempo.

Dante comprende que cada peldaño de la interminable escalera que se alza ante él es un símbolo de las pruebas que debe superar. Cada escalón representa una lección aprendida, una reflexión sobre la fragilidad de la vida y la inevitabilidad del destino. No puede apresurarse, solo puede avanzar un paso a la vez, entendiendo que la vida es un camino lleno de desafíos e imprevistos, donde cada decisión marca una diferencia.

En su mente, se debate entre la posibilidad de dejarse arrastrar por la corriente de los recuerdos y

la urgencia de avanzar hacia un futuro desconocido. A su alrededor, las sombras de la Terminal lo juzgan silenciosamente, proyectando sus propios miedos y culpas. A medida que conversa con las figuras que habitan este espacio onírico, Dante descubre que su verdadera lucha no es contra el destino, sino contra la parálisis que lo mantiene atrapado en el pasado.

Una carta olvidada, que evitó leer, lo obliga a regresar al sueño y enfrentarse a la realidad. En ella, encuentra el adiós de Helene, un amor que nunca pudo despedir del todo. Solo cuando acepta la pérdida y se entera de su fallecimiento, él comienza a entender el peso de cada momento vivido y la necesidad de dejar ir lo que ya no puede cambiar.

La Terminal del Tiempo se convierte en el escenario de su reflexión más profunda. En este lugar donde el tiempo se convierte en una encrucijada, Dante se enfrenta a la pregunta fundamental: ¿cómo puede encontrar sentido en una vida llena de incertidumbres y pérdidas? Sabe que no puede cambiar el pasado, pero sí puede decidir cómo enfrentarse al futuro.

Este libro es un viaje a través de la mente de un hombre que, en su búsqueda de respuestas, se encuentra cara a cara con la realidad de su existencia. Es una historia sobre la aceptación, el dolor, la esperanza y la lucha constante por encontrar un

camino en medio del caos. Dante descubre que, aunque las preguntas nunca cesen y el peso de sus dudas siga siendo abrumador, siempre queda la posibilidad de seguir adelante, de tomar el próximo tranvía hacia el futuro, y de encontrar, en algún rincón de la Terminal, la paz que tanto ha buscado.

Dedicatoria

A ti, mujer que me diste la vida, que me guiaste con dulzura; a ti, que nunca te rendiste conmigo; a ti, que nunca te avergonzaste de mis fracasos; a ti, que siempre me levantaste: mi Madre.

A ti, padre, que no veías amanecer ni terminabas una jornada laboral con tal de proveernos todo lo que necesitábamos; a ti, que me enseñaste lo importante de la vida; a ti, que te llenabas de orgullo por mínimo que fuera nuestro éxito; a ti, que me viste dar mis primeros pasos...

A ti, Maribel, mi esposa, amiga, amante y confidente quien me abrazó y prometió estar ahí. Aunque la tormenta haya sido larga, te quedaste; aunque la oscuridad me haya asaltado por mis problemas existencialistas, nunca renunciaste a estar en mi lucha interna. A ti, amor, a quien amo con el alma.

A ti, Emily, mi querida y amada hija, quien me enseñó la ternura de la vida; quien, con tu inocencia, me ayudaste; quien, con tu suave voz, me motivó a querer alcanzar más cosas, porque eres mi fuente de inspiración.

Agradecimiento

A Dios, quien me dio la esperanza que habita en mi corazón.

A la vida misma, que me ha puesto tropiezos como consecuencia de mis decisiones, enseñándome a crecer y a aprender de cada desafío.

Agradezco a cada viajero del tiempo que coincidió conmigo, aunque solo haya sido por un instante, en algún minuto, alguna hora, algún lugar. Fueron quienes dejaron huellas imborrables en mi camino y me ayudaron a construir esta novela, que alguna vez fue un sueño oculto en lo más profundo de mi ser.

Dedicatoria especial

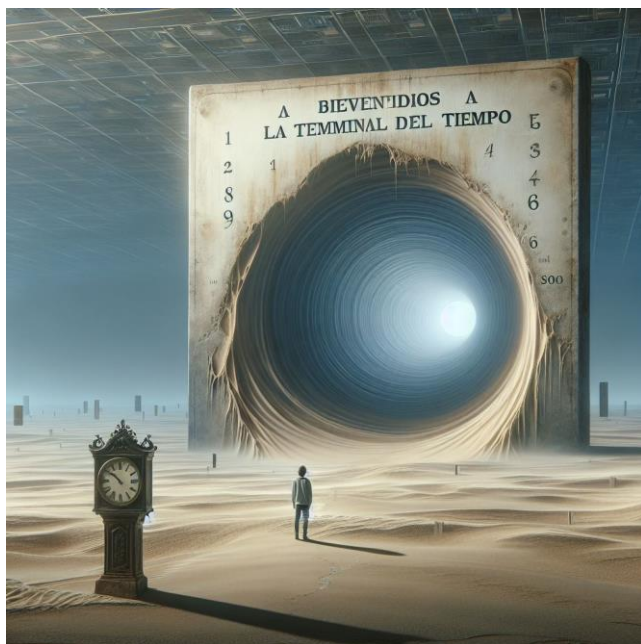
"Dra. Paulina Ortiz Morales, quien ha coincidido conmigo en un tiempo de aprendizaje y crecimiento. Mi admiración y respeto profundo por ser un ejemplo de liderazgo, nobleza y amor a su trabajo. Su dedicación como Directora del Departamento de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad de las Fuerzas Armadas - ESPE inspira y deja una huella imborrable en quienes tenemos el privilegio de trabajar a su lado."

Epitafio

Mientras la interrogante me grita a diario, Las
respuestas me dan las espaldas, entre un mundo
incierto que no logro entenderlo...

La Terminal del Tiempo

Capítulo 1: El Sueño Infinito



Con una sensación extraña, de un momento a otro, desperté en un lugar desconocido, un escenario totalmente ajeno a los que antes había visto. Ante mí, un letrero

tétrico que decía: "Bienvenido a La Terminal del Tiempo". Se alzaba como una estructura imponente en medio de un vasto vacío, donde las leyes del espacio y el tiempo parecían disolverse. No había paredes visibles, ni techo, solo un horizonte infinito que parecía plegarse sobre sí mismo, como si el lugar existiera fuera de cualquier lógica conocida.

Intenté avanzar unos pasos, pero el suelo parecía moverse bajo mis pies, como si cada rincón de la Terminal se acercara y alejara a la vez. Me detuve, sintiendo el eco de mis pisadas resonar de manera extraña, como si pertenecieran no solo a este mundo, sino a todos los mundos posibles. Un suave

zumbido flotaba en el aire, un sonido que no podía ser identificado, menos aún ignorado. Era como un latido, una vibración constante que parecía conectarse con mi propio ritmo cardíaco, acelerándolo sin que yo pudiera controlarlo. Giré hacia el letrero y luego hacia el sendero sinuoso que se extendía ante mí, las luces apenas visibles, más sombras que destellos. Pensé en seguir el camino, pero la incertidumbre de no saber a dónde me llevaba me hizo dudar. Aun así, el lugar parecía invitarme, susurrándome con un llamado insistente: "¡Acércate! ¡Acércate! ¡Un poco más!"

Sentí que debía tomar una decisión, que cada segundo de inacción me

mantenía atrapado en la encrucijada. Respiré hondo, tratando de calmar la sensación de ahogo que me provocaba el aire denso, cargado de preguntas sin respuestas. Decidí seguir adelante, cada paso sintiéndose como un pequeño acto de valentía. Toqué una de las paredes invisibles, esperando encontrar un límite, pero mi mano se sumergió en la oscuridad. La Terminal se reía de mí, una promesa de respuestas que parecían estar siempre fuera de mi alcance. Recordaba que aquí el tiempo no era una línea, sino un círculo donde el pasado, presente y el futuro se cruzaban y se desvanecían.

El zumbido, el sendero, el eco... todo creaba una inquietud que me empujaba a avanzar. Apreté los puños y avancé un paso más, tratando de mantenerme firme mientras las sombras de las luces se movían a mi alrededor. Me di cuenta que este lugar reflejaba algo más profundo: mis propios miedos y dudas. Y mientras entraba en la oscuridad, solo podía hacerme una pregunta: ¿Qué significa realmente existir? La Terminal del Tiempo, con su intrincada red de épocas y destinos, representaba más que un simple punto de encuentro entre el pasado, presente y el futuro. Un punto de reflexión para Dante, quien no recordaba el primer gran desafío de su vida, pero las cicatrices de esa separación

temprana con su madre, a los apenas dos meses de nacido, estaban grabadas en lo más profundo de su ser. A esa edad, la ausencia de una figura materna marcó su espíritu, y aunque su cuerpo resistió, su mente comenzó a forjarse en la fragilidad y la lucha. Fue como si el universo, desde el momento de su nacimiento, lo hubiera condenado a pelear por su existencia.

Las enfermedades que lo acompañaron en sus primeros años de vida no hicieron más que reforzar esa idea. Desde muy pequeño, Dante conoció el hospital más que cualquier parque o escuela. Cada fiebre y cada dolor parecían prolongar la distancia

entre él y una vida normal. Mientras otros niños corrían y jugaban, él permanecía bajo la sombra de la incertidumbre. ¿Sobreviviría? Y si lo hacía, ¿qué tipo de persona sería al final? No obstante, sus problemas no se limitaron a la salud. La apariencia física de Dante se convirtió en otro campo de batalla. Sus seres cercanos, aunque no lo expresaban directamente, dejaban ver en sus gestos y miradas una incomodidad hacia él.

Él se había dado cuenta que era diferente, y esa diferencia le hacía sentirse ajeno incluso en su propio entorno. Las burlas de sus compañeros de escuela, sus dificultades para aprender y la

constante sensación de estar un paso atrás en comparación con los demás lo acompañaron durante años. La única vía de escape de Dante fue su imaginación. A pesar de ser ridiculizado por sus compañeros, su mente vagaba en mundos que nadie más podía ver. Imaginaba lo que otros no podían tocar, daba forma a lo intangible, y en sus momentos más oscuros, llenaba cuadernos con historias que nadie entendía, pero que para él tenían un sentido profundo. Dante era un creador en un mundo que no comprendía su capacidad. Sus relatos se convertían en su refugio, y cada palabra escrita era una forma de evadir la realidad que lo castigaba sin cesar.

Ahora, parado en la Terminal del Tiempo, enfrentaba un desafío mucho mayor que todos los anteriores. Esta vez, no se trataba de su apariencia, de su salud, ni siquiera de los fantasmas de su infancia. Era algo más profundo: la esencia de su propia existencia. ¿Cómo podía enfrentarse a las múltiples versiones de sí mismo? Los tranvías que llegaban y partían a su alrededor eran como los recuerdos de su vida: algunos dolorosos, otros confusos, pero todo parte de lo que lo había definido. Se enfrentaba no solo al destino, sino también a la sumatoria de cada batalla que había librado desde su nacimiento. Cada enfermedad superada, cada burla aguantada, cada página

escrita en silencio... Todo lo había traído hasta este momento en la Terminal del Tiempo. ¿Tomaría el control de su propio destino o se dejaría arrastrar por la corriente infinita de posibilidades? La decisión ahora dependía de él, el niño que una vez fue frágil, pero que había sobrevivido contra todo pronóstico.

Ahora la terminal del tiempo se convirtió en un espejo de su propia alma, una prueba de fuego para su existencia. A medida que avanzaba por los corredores que parecían hechos de recuerdos difusos y sueños apenas recordados, sentía cómo la realidad que conocía comenzaba a desmoronarse, dejándolo a la deriva en un mar de

posibilidades infinitas. Cada tranvía, con su llegada, desafiaba la noción misma de lo que significa existir. Si el tiempo podía ser revisitado, si un momento en particular podía ser revivido, reescrito, o incluso ignorado, ¿qué impacto tenía realmente el presente? ¿Qué valor podía tener una vida en la que los momentos no eran definitivos, sino maleables, sujetos a la voluntad de quien tuviera el poder de elegir su tranvía? Este pensamiento era abrumador, pues sugería que la existencia, lejos de ser una línea recta con un principio y un fin, era más bien un entramado complejo de posibilidades infinitas, cada una tan real y a la vez tan efímera como las demás.

Dante se veía atrapado en esta paradoja. Si cada decisión, cada experiencia, podía ser revisitada o alterada, ¿cómo podía estar seguro de que cualquier cosa era auténtica? ¿Cómo podía confiar en sus recuerdos, en sus emociones, si la Terminal le ofrecía la oportunidad de reescribirlos a voluntad? El valor de su vida se veía cuestionado por la misma existencia de la Terminal, un lugar donde la permanencia era una ilusión y donde la realidad podía fragmentarse y dispersarse en un sinnúmero de alternativas. Estas preguntas, lejos de ofrecer respuestas, lo sumían en una profunda crisis existencial. La certeza de su identidad, que alguna vez había estado anclada en la

continuidad de su experiencia y en la seguridad de sus decisiones, se desmoronaba ante la posibilidad de que nada fuera inmutable. Si podía reescribir su pasado, si podía saltar de un tiempo a otro, ¿entonces qué lo definía realmente? ¿Era él el resultado de sus experiencias, o simplemente un viajero en un mar de tiempos posibles, siempre cambiando, siempre adaptándose?

Él se encontraba en un limbo, atrapado entre la necesidad de definir su existencia y la inquietante realidad de que, en la Terminal del Tiempo, esas definiciones eran fluidas y susceptibles de cambio. Cada tranvía que llegaba a la Terminal representaba un pedazo de la vida

de Dante, como si los vagones arrastraran con ellos no solo el tiempo, sino también las emociones, los olores y las imágenes que componían su existencia. Los tranvías eran portadores de momentos clave de su infancia, adolescencia y juventud. Algunos de ellos cruzaban rápidamente, fugaces como los instantes de felicidad que Dante había experimentado, escondidos entre pequeñas transversales, borrosos y polvorientos, como si esos recuerdos estuvieran cubiertos por una fina capa de olvido. Eran las memorias que su mente había protegido, momentos brillantes que, aunque breves, lo mantenían unido a lo que alguna vez fue su

vida antes del dolor constante. Había uno de esos tranvías, apenas visible, que cargaba consigo el recuerdo de su mascota. El calor de su primer amigo incondicional, los juegos y las travesuras que compartieron, llenaban aquel vagón como si el tiempo no hubiera pasado. Dante, entonces un niño frágil, encontró en su mascota el consuelo que ninguna otra relación podía ofrecerle.

Otro tranvía, más amplio y luminoso, traía consigo su primer relato escrito, aquella historia que no muchos comprendieron, pero que para él fue un refugio. Recordó las tardes en las que, apartado del resto del mundo, sumergía su mente en ideas y mundos

impalpables, buscando en las palabras la forma de entender lo que él mismo no podía explicar. Era una forma de construir sentido, de encontrar valor en una existencia que le había sido impuesta desde su nacimiento. Los recuerdos familiares también tenían su espacio en este desfile de tranvías. El sonido metálico y el polvo que levantaban al pasar le trajeron la imagen de su padre, trabajando junto a él desde una edad temprana. Dante recordaba la dureza de esas horas de trabajo, pero también la calidez en los breves momentos de descanso, cuando, con pocas palabras, su padre le enseñaba el valor del esfuerzo y la perseverancia. Esos momentos no eran los más felices,

pero se habían incrustado en su alma como cimientos de lo que significaba vivir.

A lo lejos, entre un tranvía más desgastado y de movimiento lento, aparecía su madre, alegre y enérgica, corriendo entre los puestos del mercado, vendiendo sus productos. Era una imagen que nunca abandonaría su memoria: el rostro sudoroso pero sonriente, el espíritu imparable de una mujer que luchaba por sus hijos. Su madre no era una figura pasiva en su vida, sino el motor que lo empujaba a seguir, incluso cuando el mundo parecía aplastarlo. Su risa resonaba en los vagones, y Dante sintió el eco de esa risa en su pecho, que siempre le motivaba a seguir,

porque siempre estaba en el latido de su corazón. Cada uno de sus hermanos tenía también su tranvía particular. Los veía correr, peleando y jugando al mismo tiempo. La imagen de las cometas volando alto en el cielo, mientras ellos gritaban y competían, le recordaba que la vida había tenido momentos de despreocupación, momentos en los que los problemas parecían lejanos y el mundo era simplemente un lugar para explorar. Las discusiones con sus hermanos, sus peleas y reconciliaciones, todas esas emociones estaban atrapadas en los vagones que cruzaban la Terminal, presentándose ante él como una película en la que él era

protagonista, pero también espectador.

Entre los recuerdos más luminosos, había uno que sobresalía de los demás: el de Katía, su maestra de literatura. Ella fue la primera en creer en él, en ver más allá de su apariencia, más allá de los estigmas que lo rodeaban. Dante recordaba cómo sus manos temblorosas le entregaron su primer manuscrito, un relato que surgió de lo más profundo de su imaginación. No muchos lo comprendieron, pero Katía sí. Sus ojos se iluminaron y, con un suspiro lleno de emoción, ella supo que Dante era diferente, no por sus dificultades, sino por su capacidad de crear. Fue la primera en hacerle sentir que su vida tenía

un propósito, que su imaginación no era una carga, sino un don. En su figura encontró el apoyo que nunca había recibido, el empujón que lo hizo seguir escribiendo, buscando en las palabras la forma de entender su lugar en el mundo. Esos tranvías que llegaban a la Terminal del Tiempo no eran simplemente vagones de pasajeros; eran cápsulas del pasado, que contenían todo lo que Dante había sido, todo lo que había vivido. Cada llegada era un recordatorio de que su vida, con todos sus altos y bajos, había estado llena de momentos que, aunque pequeños, definían su existencia. Pero la Terminal no era un simple lugar de nostalgia. Le exigía algo más: que tomara esos recuerdos y decidiera qué haría con

ellos. ¿Los dejaría atrás o los transformaría en la fuerza que necesitaba para avanzar?

Dante observaba los tranvías con la mirada de alguien que, por fin, entendía el valor de lo que estaba viendo. Su lucha, desde el nacimiento hasta este preciso instante en la Terminal del Tiempo, no había sido en vano. Esos tranvías representaban las batallas ganadas y perdidas, pero también las oportunidades que aún tenía por delante. El tiempo, tan fluido y flexible en la Terminal, le ofrecía una última decisión: ¿se aferraría a lo que fue o se permitiría escribir su futuro? Estos tranvías se convertían en una tentación, una invitación a explorar otra versión

de sí mismo, a sumergirse en otro momento y ver qué podría haber sido. Pero al mismo tiempo, cada tranvía representaba una amenaza a su sentido de identidad, una fractura potencial en la narrativa de su vida que podría dejarlo perdido en un laberinto de alternativas sin fin. El dilema existencial de Dante se intensificaba con cada llegada de un nuevo tranvía. Sabía que, al subirse a uno, podría encontrar respuestas, pero también sabía que esas respuestas podrían destruir cualquier certeza que le quedara. ¿Qué significaba realmente existir en un universo donde el tiempo era tan flexible, donde la línea entre lo que fue, lo que es, y lo que podría ser se difuminaba hasta

desaparecer? ¿Cómo podía encontrar valor en su vida cuando cada experiencia podía ser cuestionada, revisada, o incluso anulada?

En este contexto, la Terminal del Tiempo no era simplemente un lugar de tránsito, sino un desafío a la misma esencia de la existencia. Cada tranvía, con su llegada, recordaba a Dante que su vida, lejos de ser un viaje lineal y definido, era una serie de decisiones, cada una de las cuales podía ser revocada o alterada. La Terminal lo enfrentaba a la posibilidad de que, en un universo de opciones infinitas, la estabilidad y la identidad eran ilusiones fugaces, y que la verdadera dificultad radicaba en

encontrar significado en medio de tanta incertidumbre. La vastedad de la Terminal del Tiempo era abrumadora, una extensión que parecía no tener fin y donde los límites del espacio se difuminaban en un horizonte perpetuo. La misma esencia del lugar, con su perpetuo cambio y su naturaleza fluida, desorientaba a Dante, dejándolo sin un punto fijo al que aferrarse. Era como estar suspendido en el vacío, donde la realidad podía estirarse, torcerse o desvanecerse por completo. Cada rincón de la Terminal, cada corredor que se abría ante él, estaba cargado de promesas y posibilidades, pero ninguna de ellas ofrecía la certeza que él buscaba desesperadamente.

Esta incertidumbre, este caos cuidadosamente organizado, era un reflejo directo del estado interno de Dante. La Terminal, con su estructura en constante cambio, parecía vibrar al unísono con su mente, donde las preguntas sin respuesta se multiplicaban y las certezas se esfumaban como humo en el viento. Era un espacio donde el suelo bajo sus pies podía transformarse en un abismo o en un sendero hacia lo desconocido, y donde el tiempo, en lugar de ser una línea recta, era un laberinto de caminos enredados que no ofrecían una salida clara. Dante sentía cómo cada paso que daba lo alejaba más de cualquier concepto de estabilidad. La desconexión que experimentaba era profunda y

visceral, una sensación de estar completamente fuera de lugar, como si su propia existencia fuera un error en este vasto paisaje de tiempos superpuestos. Esta desconexión no era solo con el mundo exterior, sino también con su propio ser, como si la Terminal hubiera despojado su vida de cualquier significado inherente, dejándolo en un estado de vacío existencial.

La idea de que todo era posible en la Terminal, pero que nada era seguro, era una paradoja que lo atormentaba. En cualquier otro lugar, la posibilidad de elegir entre infinitos caminos podría haber sido liberadora, pero aquí, en la Terminal, esa misma libertad lo

asfixiaba. Cada decisión potencial se sentía como una trampa, un laberinto dentro de otro laberinto, donde cada elección podía llevarlo más cerca o más lejos de un propósito que se le escapaba constantemente. En este espacio, Dante no solo se enfrentaba a la vasta extensión de la Terminal, sino también a la vastedad de su propia incertidumbre. Cada corredor que recorría, cada tranvía que veía partir sin él, era un recordatorio de su incapacidad para encontrar un propósito definitivo, un ancla que lo mantuviera firme en medio del caos. La Terminal del Tiempo, con su naturaleza cambiante, no solo desafiaba su comprensión del universo, sino que también erosionaba su sentido de identidad.

¿Quién era él, realmente, si su existencia podía cambiar tan radicalmente con una sola elección? ¿Cómo podía encontrar sentido en un lugar donde incluso el tiempo se doblaba y torcía a voluntad?

Esta sensación de estar perdido, de vagar sin rumbo en un lugar donde todo y nada eran posibles, le provocaba una profunda angustia. La certeza de su propia existencia, que alguna vez había dado por sentada, se disolvía en la niebla que envolvía la Terminal. No había un camino claro, no había respuestas fáciles. Cada paso era un acto de fe en medio de la duda, un movimiento hacia adelante en un terreno que podía desmoronarse

en cualquier momento. En última instancia, la Terminal del Tiempo, con su vastedad y caos organizado, no era solo un escenario, sino un reflejo del dilema existencial que consumía al Dante. Era un recordatorio constante de que, en un universo donde todo era posible, la verdadera dificultad residía en encontrar significado en medio de la incertidumbre. Aquí, en este lugar donde el tiempo mismo era maleable, Dante se veía obligado a confrontar las preguntas más profundas de su existencia, sabiendo que tal vez nunca encontraría respuestas, pero que, de alguna manera, debía seguir avanzando.

El problema existencial de Dante se profundizaba al enfrentarse a la realidad de que cada elección que hiciera en la Terminal del Tiempo no solo influiría en su futuro, sino que también reconfiguraría su entendimiento del pasado y su percepción del presente. Este entrelazamiento de tiempos se manifestaba en cada tranvía que llegaba a la Terminal, cada uno de ellos una bifurcación en el camino de su vida, una posibilidad que podía haber sido y que, al tomarla, se convertiría en su realidad. El pasado, en este contexto, no era una serie de eventos fijos e inmutables. Al contrario, cada tranvía que llegaba desde un tiempo anterior traía consigo la tentación de reescribir lo que ya

había ocurrido. Pero esta reescritura no era simplemente un ajuste de eventos; implicaba una reinterpretación total de quién era Dante en relación con esos eventos. Al considerar un tranvía que lo llevaría de regreso a un momento crucial de su vida, Dante no solo veía la oportunidad de cambiar una decisión, sino que también comprendía que al hacerlo, alteraría todo lo que vino después, incluyendo su identidad presente.

El presente, entonces, se volvía un terreno inestable. No era una plataforma firme desde la cual podía observar el pasado y anticipar el futuro, sino una amalgama de momentos en constante cambio, moldeados por

las elecciones que aún no había hecho. Cada vez que un tranvía se detenía frente a él, Dante sentía que el suelo bajo sus pies se movía, que la realidad que percibía como "ahora" era solo una posibilidad entre muchas, susceptible de cambiar en cualquier instante. Esta sensación de fragilidad le hacía cuestionar si podía confiar en su percepción del presente o si, de hecho, el presente mismo era una construcción temporal, lista para ser desmantelada y reconstruida por una decisión que aún no había tomado. El futuro, por su parte, no era una línea recta hacia adelante, sino un horizonte nebuloso que se expandía y contraía con cada tranvía que llegaba. Cada uno representaba un destino potencial,

una vida que podía ser la suya si decidía abordarlo. Pero más allá de la simple incertidumbre del futuro, lo que realmente lo perturbaba era la idea de que, al elegir un tranvía y un futuro determinado, estaba cerrando todas las demás posibilidades. Esa elección no solo definiría quién sería, sino que también redefiniría quién había sido y cómo percibía el presente.

Este entrelazamiento de tiempos – pasado, presente y futuro– creaba una red compleja en la que cada hilo estaba interconectado con los demás. Dante comprendía que no podía considerar el futuro sin entender cómo cambiaría su pasado, y que no podía analizar su pasado sin ver cómo afectaba su

presente. La Terminal del Tiempo, con sus tranvías que llegaban de todos los momentos posibles, lo obligaba a ver su vida no como una secuencia lineal de eventos, sino como una serie de posibles narrativas que se entrelazaban y se transformaban mutuamente. El verdadero problema existencial de Dante, entonces, radicaba en la responsabilidad de elegir cuál de esas narrativas seguiría. Sabía que cualquier elección alteraría su comprensión de todo lo que era y lo que sería, y que cada decisión, por pequeña que fuera, tenía el poder de reorganizar su existencia entera. Al observar los tranvías desde la distancia, veía no solo las vidas que podría haber vivido, sino también las versiones de sí mismo que

podría haber sido. Cada tranvía representaba un destino diferente, una oportunidad que, al ser tomada, redefiniría el entramado de su identidad, su pasado, su presente, y su futuro.

En última instancia, la Terminal del Tiempo no era solo un lugar de tránsito entre momentos, sino un crisol donde se forjaban las decisiones más fundamentales de la existencia. Dante se enfrentaba a la abrumadora verdad de que su vida, lejos de estar predeterminada, era un continuo de elecciones entrelazadas, cada una de las cuales tenía el poder de reescribir no solo su futuro, sino también su historia y su realidad actual. Y en ese entrecruzamiento

de tiempos, encontraba el núcleo de su dilema existencial: la responsabilidad de darle forma a su propia vida en un universo donde todas las posibilidades existían simultáneamente, esperando ser elegidas o descartadas. El dilema que enfrentaba Dante en la Terminal del Tiempo se intensificaba con cada nueva llegada de un tranvía. Cada uno, con su aspecto único y su promesa de un destino diferente, se convertía en un espejo de las múltiples versiones de sí mismo que podrían existir. Algunos tranvías representaban una vida que podría haber sido suya si hubiera tomado decisiones distintas en el pasado; otros lo llevaban hacia futuros llenos de

posibilidades desconocidas. La diversidad de opciones era abrumadora, y la responsabilidad de elegir entre ellas se volvía insoportable.

¿Cómo podía elegir un solo tranvía, un solo destino, cuando cada uno representaba un aspecto diferente de su identidad? En la Terminal, cada opción era una puerta hacia una nueva realidad, una versión alternativa de sí mismo que podría haber existido si las circunstancias hubieran sido distintas. Esta posibilidad de ser alguien diferente, de vivir una vida distinta, le fascinaba y lo aterrorizaba a la vez. En cada tranvía veía una oportunidad para explorar una nueva faceta de su ser, para

experimentar realidades que jamás había imaginado. Pero al mismo tiempo, entendía que al elegir un tranvía, estaba cerrando todas las otras puertas, renunciando a todas las otras vidas que podría haber vivido. La magnitud de esta decisión lo sumía en una profunda crisis existencial. La Terminal del Tiempo le presentaba un desafío monumental: aceptar la inevitabilidad de las decisiones y sus consecuencias o quedar atrapado en la parálisis de la indecisión. Esta parálisis no era solo una simple duda; era un estado de parálisis existencial, donde el peso de todas las posibilidades lo inmovilizaba. En lugar de avanzar, se encontraba atrapado en un ciclo interminable de deliberación,

incapaz de tomar una decisión por miedo a lo que podría perder.

La parálisis de la indecisión era una prisión autoimpuesta. En su esfuerzo por no tomar una decisión equivocada, Dante se encontraba atrapado en un limbo, un estado perpetuo de duda donde cada opción parecía igual de válida y, al mismo tiempo, igual de riesgosa. La Terminal, que debía ser un lugar de tránsito, se convertía en un escenario de estancamiento, donde el tiempo seguía fluyendo, pero él permanecía inmóvil, congelado por la ansiedad de elegir mal. Esta indecisión se alimentaba de su deseo de perfección, de la creencia de que debía encontrar la opción "correcta", aquella que le

proporcionaría la vida más plena y significativa. Pero en la Terminal del Tiempo, donde todas las posibilidades coexistían, esa búsqueda de perfección se volvía inalcanzable. No existía una elección perfecta; cada opción implicaba una pérdida, cada camino tomado significaba renunciar a todos los demás. Y esta comprensión lo sumía aún más en la parálisis, intensificando su temor de cometer un error irreversible.

El estado de indecisión se convertía en un círculo vicioso. Cuanto más reflexionaba sobre las posibles consecuencias de sus elecciones, más se sumergía en la duda, y cuanto más dudaba, más incapaz se volvía de tomar una decisión. Cada

tranvía que llegaba parecía alejarlo más de una resolución, multiplicando las posibilidades hasta el punto en que se sentía abrumado por el infinito abanico de vidas que no podía vivir simultáneamente. En este estado de parálisis, Dante experimentaba una desconexión creciente con su propio sentido de identidad. La incapacidad de decidir lo dejaba en un estado de suspensión, donde ya no era el arquitecto de su destino, sino un espectador pasivo de las múltiples vidas que desfilaban ante él. En lugar de construir una narrativa coherente de su existencia, se veía arrastrado por la marea de posibilidades, perdiendo de vista quién era y qué quería realmente.

La Terminal del Tiempo, que al principio le había parecido un lugar de infinitas oportunidades, se transformaba en un laberinto de incertidumbre y miedo. La parálisis de la indecisión no solo lo mantenía atrapado físicamente en la Terminal, sino que también erosionaba su capacidad de encontrar sentido en su vida. Cada momento de inacción, cada tranvía que dejaba pasar, lo alejaba más de la posibilidad de darle forma a su propia historia, sumiéndolo en un estado de desesperación silenciosa. Al final, el dilema de Dante no era solo sobre cuál tranvía tomar, sino sobre cómo romper el ciclo de indecisión que lo consumía. La Terminal del Tiempo le presentaba una elección aún más profunda:

aceptar la imperfección de la vida y las inevitables consecuencias de sus decisiones, o permanecer atrapado en la parálisis existencial, en un estado perpetuo de duda que, aunque doloroso, le ofrecía la seguridad de no tener que enfrentar las consecuencias de una elección. Este dilema, este conflicto interno entre la acción y la inacción, definía la esencia de su lucha en la Terminal, un lugar donde la multiplicidad de opciones, en lugar de liberar, podía paralizar el alma.

Cada vez que Dante se acercaba a un tranvía, una tormenta de emociones se desataba en su interior. La promesa de un nuevo destino lo atraía, pero al mismo

tiempo, la incertidumbre de lo que podría perder lo consumía. Era como si, en el momento en que daba un paso hacia el tranvía, algo en su interior se desgarrara, un fragmento de su ser se desprendiera, dejando un vacío que inmediatamente era llenado por la posibilidad de lo desconocido. Este proceso de ruptura y recomposición interna era tan doloroso como intrigante, y reflejaba la naturaleza dual de su dilema: el miedo a perder y el deseo de encontrar algo mejor. Dante no podía evitar preguntarse: ¿Qué pasaría si escogía mal? Esta pregunta, sencilla en apariencia, escondía un abismo de posibilidades y consecuencias. En un lugar donde cada tranvía

representaba un camino distinto, la idea de elegir incorrectamente lo atormentaba. El error no sería simplemente una equivocación, sino una pérdida irrecuperable de todas las otras vidas que podría haber vivido. El temor a que, al subirse a un tranvía, cerrara para siempre la puerta a una existencia más plena, más satisfactoria, se apoderaba de él, paralizándolo en el umbral de la decisión.

El acto de elegir no era meramente un ejercicio de voluntad, sino un proceso que redefiniría su identidad de maneras imprevisibles. Cada elección, al parecer trivial en su superficie, tenía el potencial de cambiarlo fundamentalmente, de

reconfigurar su esencia de una forma que no podía anticipar ni controlar. Esta certeza fría y aterradora lo asaltaba cada vez que se acercaba a un tranvía. En la Terminal del Tiempo, no había un mapa que indicara el destino "correcto", ni señales que señalaran el mejor camino. Sólo existía la certeza de que cualquier elección lo marcaría para siempre, moldeando su futuro y reescribiendo su pasado de maneras que escapaban a su comprensión. La Terminal no ofrecía consuelo, ni respuestas, solo la inquebrantable realidad de que, en algún momento, tendría que tomar una decisión, y que esa decisión lo definiría, para bien o para mal. La presión de esta certeza

lo oprimía, lo sumergía en una angustia existencial que no podía ignorar. Saber que cualquier elección lo transformaría de formas que no podía prever lo hacía cuestionar su capacidad para elegir en absoluto. ¿Cómo podría confiar en sí mismo cuando no sabía cuál era el camino correcto? ¿Cómo podría decidir si no podía ver todas las consecuencias posibles?

Cada tranvía que observaba desde la distancia era una tentación y una amenaza al mismo tiempo. Representaban tanto la posibilidad de alcanzar una vida mejor como la amenaza de perder para siempre lo que nunca llegaría a experimentar. La Terminal, con su interminable

desfile de tranvías y destinos, no era un lugar de respuestas, sino un lugar de confrontación con la incertidumbre más profunda de la vida. Aquí, la posibilidad de equivocarse no solo era una preocupación pasajera, sino una constante sombra que nublaba su capacidad de actuar. Dante se encontraba atrapado en este ciclo de ruptura y recomposición, de esperanza y temor, incapaz de avanzar pero también incapaz de quedarse quieto. La Terminal del Tiempo se convertía, así, en un reflejo de su lucha interna, un espacio donde el acto de elegir no era simplemente un paso hacia el futuro, sino una confrontación directa con la naturaleza incierta de la existencia misma. Cada vez

que se acercaba a un tranvía, sentía que la elección que estaba por hacer podría ser la que lo definiera para siempre, para bien o para mal, y ese pensamiento lo sumergía en una espiral de dudas y miedos, donde el mayor terror no era la posibilidad de elegir mal, sino la parálisis de no poder elegir en absoluto.

En medio de este laberinto temporal, Dante comenzaba a darse cuenta de que su problema no era tanto cuál tranvía tomar, sino aceptar la imperfección de la existencia misma. Comprendía que no había una elección correcta o incorrecta, sino que cada decisión formaría una parte de un todo mayor, un mosaico de momentos

que, en conjunto, darían forma a su vida. Sin embargo, esa comprensión no aliviaba su angustia, sino que la profundizaba. Aceptar su propio papel como el arquitecto de su destino le imponía una carga abrumadora: la responsabilidad de darle sentido a una vida que, en la Terminal del Tiempo, podía fragmentarse en innumerables posibilidades. Finalmente, la Terminal del Tiempo se revelaba no solo como un lugar de tránsito, sino como un desafío a la misma noción de la existencia. Dante debía enfrentarse a la dolorosa verdad de que, en última instancia, su búsqueda de respuestas tal vez nunca termine. Pero, en esa búsqueda, en la elección de subirse a un tranvía y

dejar que el tiempo lo lleve a su próximo destino, radicaba la esencia misma de lo que significa ser humano: la capacidad de tomar decisiones y, a través de ellas, encontrar significado en el caos del tiempo y la vida.

En este extraño lugar, el tiempo se manifestaba de una manera singular. No era un río que fluía incesante ni un reloj que marcaba un ritmo constante. Aquí, el tiempo tomaba la forma de tranvías que llegaban y partían en un desfile interminable. Cada uno de estos tranvías era único, reflejando en su aspecto el tiempo del que provenía. (enfatiza en recuerdos, sueños y anhelos, algunos de estos sueños ya olvidados y crucificados en el

pasado, mientras que otros queriendo pintarse a futuro trabaja en el apuro que tiene el ser humano en vivir el presente) Algunos eran viejos y desgastados, con la madera crujiente y las ventanas empañadas, como si hubieran recorrido siglos. Otros brillaban con una modernidad desconocida, con superficies metálicas lisas y luces parpadeantes que parecían pertenecer a un futuro distante. Los tranvías no solo transportaban momentos; llevaban consigo la esencia misma de las épocas que representaban. Al llegar a la Terminal, se alineaban en plataformas que no seguían ninguna cronología evidente, como si el pasado, el presente y el futuro fueran simplemente diferentes

estaciones en un viaje más amplio. Podías ver un tranvía que emanaba la calma serena de una mañana del Renacimiento estacionado junto a otro que brillaba con la energía incontrolable de una era aún por venir.

Dante se encontraba allí, un pasajero más en esta intersección de tiempos. Miraba con asombro y cierta apreciación los tranvías que llegaban, sabiendo que cada uno ofrecía un viaje diferente, una oportunidad de sumergirse en un tiempo ajeno. Podía sentir el peso de las decisiones que debía tomar, pues elegir un tranvía significaba aceptar un destino, adentrarse en un momento específico del tiempo con todas sus consecuencias. Cada

tranvía le ofrecía un viaje único, una experiencia irrepetible. La Terminal, en su infinita sabiduría y caos, le daba la libertad de elegir su próximo paso, pero también lo confrontaba con la inevitable realidad de que no podía experimentar todos los tiempos. En ese momento, la Terminal del Tiempo dejaba de ser un mero lugar de tránsito y se convertía en un reflejo de su propio viaje interior, una metáfora de las decisiones que moldean la vida.

La atmósfera de la Terminal era cargada, casi reverente, como si el mismo aire estuviera consciente de la gravedad de cada decisión tomada en su interior. El zumbido constante, aquel que parecía

provenir de las profundidades de la misma estructura, era ahora el susurro de los tiempos, un recordatorio de que el tiempo, aunque representado por estos tranvías, era algo más profundo y misterioso, algo que no solo llevaba Dante a diferentes momentos, sino que también lo transformaba en el proceso. La Terminal del Tiempo era, en última instancia, un lugar de posibilidades infinitas y decisiones irrevocables, un espacio donde el pasado, el presente y el futuro se entrelazaban, esperando que los viajeros eligieran su camino. Y en ese cruce de tiempos, Dante se encontraba ante la mayor decisión de todas: cuál de estos tranvías tomar, sabiendo que cada elección lo llevaría por un camino diferente,

cada uno con su propio destino,
cargado de significados ocultos y
promesas no dichas.

Capítulo 2: La Escalera Interminable



La sensación de vacío era abrumadora, como si Dante flotara en una niebla de pensamientos inacabados, donde el eco de la nada consumía sus intentos de claridad. La oscuridad era profunda, impenetrable. Pero había algo más: una atracción hacia lo desconocido. El frío silencio de la noche se rompía con el leve sonido de sus propios pasos mientras ascendía por la escalera interminable.

Cada ciertos escalones, Dante se detenía, apoyando una mano en las paredes invisibles, sintiendo la presión del aire cargado en su pecho. La luz de los faroles temblorosos proyectaba sombras

alargadas y distorsionadas a su alrededor, figuras que parecían moverse en el borde de su visión. Observó una sombra en particular, que se alargaba y luego se disolvía, dejándolo con una sensación de déjà vu que le erizaba la piel. Cerró los ojos por un instante, intentando calmar la respiración, pero la curiosidad lo empujaba a continuar, aunque el miedo lo envolvía en un manto frío.

"¿Qué significa esto?", murmuró, mientras avanzaba lentamente, sintiendo cada crujido de los escalones bajo su peso. Cada sonido era un recordatorio de su soledad, tan vasta que ni siquiera los recuerdos de su pasado podían

llenar. Se frotó las sienes, tratando de aliviar la presión que sentía en la cabeza, como si algo antiguo, algo olvidado, intentara despertarse dentro de él. "¿Por qué sigo volviendo aquí, una y otra vez?"

A medida que subía, el zumbido en el aire se intensificaba, forzándolo a detenerse y cubrirse los oídos. Era un latido constante, que vibraba al mismo ritmo de su corazón. Se inclinó, apoyándose en sus rodillas mientras intentaba recuperar el aliento, sintiendo cómo su mente luchaba entre avanzar y retroceder.

De repente, la figura de la esfinge apareció a su lado, emergiendo de las sombras como si siempre hubiera estado allí. Tenía un cuerpo felino y una cabeza humana deformada, con ojos vacíos pero llenos de una malicia antigua. La sonrisa torcida en su rostro proyectaba una burla silenciosa, como si todo lo que estaba ocurriendo fuera un juego cruel, uno que Dante no comprendía del todo.

Esfinge: “¿Por qué insistes en subir?”

Dante respiró profundamente, tratando de controlar la frustración que le provocaba la presencia de la esfinge.

Dante: “No lo sé... Pero debo seguir. Hay algo aquí, algo que me llama. Tú lo sabes. ¿Qué es lo que guardas en este lugar?”

La esfinge soltó una carcajada estridente, sus ojos brillando con un conocimiento que Dante no tenía.

Esfinge: “¿Guardar algo? Yo no guardo nada. Lo único que hallarás es lo que traes contigo. Cada escalón solo te acerca más a lo que ya conoces, pero te niegas a enfrentar.”

Dante sintió un escalofrío recorrer su espalda, como si las palabras de la esfinge atravesaran las capas más profundas de su mente. Intentó

desviar la mirada, pero los ojos vacíos de la esfinge lo mantenían atrapado.

Dante: “¿Entonces no hay nada aquí?”—dijo, apretando los puños—. “¿Todo esto es solo un reflejo de mí?”

La esfinge inclinó la cabeza. Esfinge: “No hay nada más aterrador que enfrentarse a uno mismo. Solo cuando dejes de huir, hallarás lo que buscas.”

Y con eso, la esfinge se desvaneció, dejando a Dante solo una vez más. El eco de sus palabras resonaba en su mente mientras intentaba avanzar, luchando contra el miedo que lo

retenía. Se detuvo un momento para observar a su alrededor, buscando alguna señal de lo que debía hacer. La escalera se alzaba interminable ante él, y más allá de la oscuridad, algo lo llamaba, algo que aún no lograba entender.

Capítulo 3: Los Sombras del Pasado



El zumbido entre la eterna nada era siempre el mismo, un sonido persistente que parecía venir de los rincones más profundos de la realidad, pero con cada repetición, algo más se añadía a esa experiencia. La primera vez, solo era un zumbido, acompañado del lento campanario que resonaba como un eco lejano, un sonido que parecía marcar el paso del tiempo, pero un tiempo que no tenía sentido en ese vacío infinito. Con cada toque, el sonido arrastraba una sensación de meditación y fatalidad, como si fuera una advertencia, un preludio a lo que estaba por venir.

En la segunda ocasión, la familiaridad de ese zumbido comenzaba a agrietarse con la aparición de sombras. No tenían forma definida, pero corrían a su lado, más rápidas que él, como si conocieran un camino que él no podía ver. Dante intentó seguir a una de ellas, apresurando el paso, pero la sombra se desvaneció antes de que pudiera alcanzarla, dejándolo con la mano extendida hacia el vacío. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda y se detuvo, observando cómo las sombras se movían alrededor, siempre fuera de su alcance. La velocidad de esas figuras lo aterraba, no solo por la agitación que causaban, sino

porque parecían ser el tiempo mismo escapando de sus manos, arrastrando consigo los recuerdos que lo dejaban atrás.

Dante respiró hondo, tratando de controlar el temblor en sus manos. Cada vez que una sombra lo sobrepasaba, sentía un susurro extraño, como un idioma olvidado que lo perseguía y lo asfixiaba. En un impulso, intentó atrapar otra sombra, saltando hacia ella, pero se disolvió entre sus dedos antes de que pudiera tocarla. Cayó de rodillas, con el corazón martilleando en su pecho. "Son partes de mí", pensó, mientras apretaba los puños contra el suelo, "las decisiones que no tomé, las

vidas que no viví". Pero las sombras seguían corriendo, burlándose de su esfuerzo inútil.

En las siguientes veces, el campanario se entrelazaba con carcajadas burlonas que retumbaban en el aire, sus ecos se sincronizaban con sus latidos acelerados, creando una sinfonía de ansiedad. "¿De qué se ríen?", pensó con desesperación, mirando a su alrededor, buscando a los responsables de las risas. Pero solo encontraba sombras que se desvanecían antes de poder enfrentarlas. La sensación de ser observado se hacía más fuerte, como si algo lo vigilara desde la oscuridad.

La luna maldita, de un color rojizo y opaco, apareció en el horizonte, proyectando una luz enfermiza sobre todo. Dante alzó la vista y sintió que la luz lo atravesaba, exponiendo sus pensamientos más oscuros. Intentó apartar la mirada, pero no pudo. Las constelaciones extrañas que se formaban en el cielo —una mujer sin rostro, un hombre sin cabeza, un niño evolucionando desde un feto hasta su nacimiento— parecían mirarlo con ojos invisibles. Dio un paso atrás, tropezando con una roca, y se aferró a ella, sintiendo que las figuras del cielo juzgaban cada movimiento.

"¿Soy el hombre sin cabeza? ¿La mujer sin rostro?" Eran preguntas que lo atormentaban mientras las sombras seguían moviéndose a su alrededor. Dante se puso de pie, intentando enfrentar la sensación de vulnerabilidad, pero el miedo lo hacía temblar. Las sombras ya no eran solo testigos; eran su juicio, su reflejo, y él no podía escapar de ellas.

Cada vez que intentaba alcanzar una de esas sombras, la sensación de desesperación lo invadía, un recordatorio de que siempre se desvanecían antes de que pudiera entenderlas. "¿Qué es lo que estoy buscando?", murmuraba, mientras las carcajadas retumbaban en su

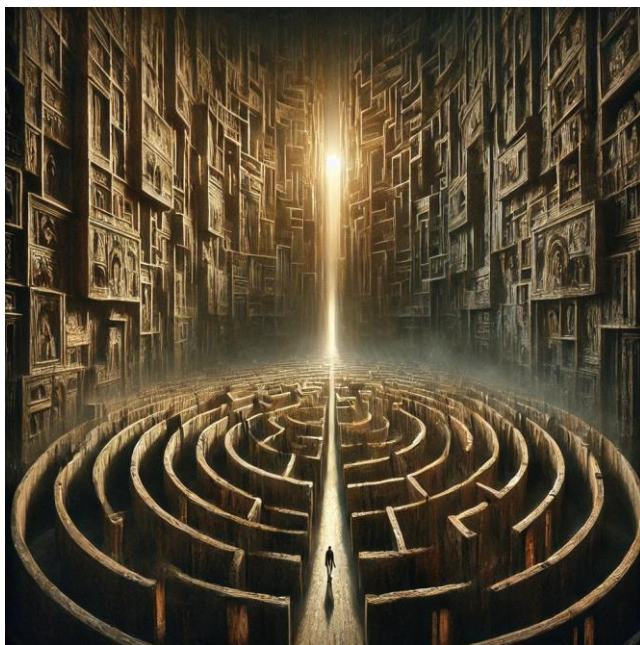
mente, resonando con las veces que había fallado, los momentos en los que había caído en lo más profundo de su mente. La voz del "¡acércate!" lo llamaba desde la distancia, un mandato que se volvía cada vez más insistente.

Dante apretó los dientes y volvió a correr, intentando superar una sombra que se deslizaba a su lado. Pero antes de que pudiera atraparla, se desvaneció de nuevo, dejándolo jadeando, con las manos estiradas hacia la nada. La frustración y el miedo lo envolvieron, y una lágrima de impotencia corrió por su mejilla antes de que pudiera detenerla.

Y justo cuando sentía que la desesperación lo consumiría por completo, cuando el peso de sus propios miedos se volvía insoportable, las sombras desaparecían. Quedaba solo en el silencio de la noche, con el eco del campanario y las palabras desconocidas en su boca, esas que nunca lograba entender. "¿Qué estoy diciendo?" pensaba, mientras se desplomaba, sintiendo una efímera sensación de alivio, como si se hubiera quitado un peso gigantesco de encima. Pero el alivio era solo temporal. Sabía que el ciclo continuaría, que las sombras volverían, y que eventualmente tendría que

enfrentarse a la verdad que había estado evitando.

Capítulo 4: El Jardín Laberíntico



El laberinto y su simbolismo

Esa noche, Dante cerró los ojos, y lo primero que vio fue una vasta estructura, un laberinto de muros altísimos que se extendían hasta donde la vista no podía alcanzar. No era un laberinto cualquiera, no eran solo paredes y caminos cerrados. Los pasadizos serpenteaban en direcciones imposibles, como si estuvieran doblando las reglas del espacio y el tiempo. A medida que avanzaba, el aire cambiaba de textura, y cada giro lo empujaba más profundamente en una encrucijada mental. Este laberinto no solo era físico; representaba su mente, sus miedos, sus recuerdos confusos y

distorsionados. Cada rincón oscuro y cada esquina oculta aludían a un fragmento olvidado de su ser, a algo que había evitado enfrentar. El laberinto era la manifestación de la lucha interna que había mantenido durante tanto tiempo.

Los corredores estaban plagados de símbolos: espejos rotos que deformaban su reflejo, libros que contenían palabras que nunca había leído pero que sentía haber conocido toda su vida, sombras que se movían en las paredes, serpientes que se deslizaban, solo visibles por el destello de sus colas. **"Este laberinto es mi mente,"** pensaba Dante. **"Y cada rincón**

es una pregunta que aún no he formulado, cada sombra es un recuerdo que he reprimido." En este espacio, no había escapatoria hacia afuera; la única salida era hacia adentro, hacia su propio entendimiento. El laberinto simbolizaba su miedo a enfrentarse a la verdad, a enfrentarse a sí mismo.

En su recorrido por el laberinto, Dante se encontró con personajes enigmáticos, cada uno encarnando una filosofía diferente. El primero fue un hombre de aspecto severo, vestido con una toga oscura. Tenía un semblante rígido y sus ojos penetrantes lo escudriñaban. Esta diosa se presentó como **Eir**, una

diosa nórdica, que representaba la aceptación del destino y el control de las emociones. **"Todo lo que temes,"** dijo con voz solemne, **"no es más que una creación de tu mente. Aprende a controlarte, y los sueños, las sombras, perderán su poder sobre ti."** Eir le hablaba sobre la importancia de no aferrarse a los deseos o miedos. **"El miedo a esos sueños es irracional, solo existe en tanto tú lo permitas."**

Pero mientras Dante avanzaba, otro personaje apareció: una mujer con un vestido brillante, con un aire etéreo y sereno. Se llamaba **Aletheia**, una filósofa del idealismo. **"No todo está en tu**

control," le decía suavemente. "El mundo es una proyección de tus ideas, de tus percepciones, y esos sueños te están mostrando algo que trasciende tu entendimiento inmediato. No los ignores, pero tampoco los subestimes."

Aletheia creía que los sueños de Dante eran una puerta a algo más allá de la realidad física, una conexión con un mundo ideal donde las formas puras de sus miedos y deseos existían.

A medida que continuaba, encontró a un tercer personaje: **Eryx**, un pragmático cínico, que caminaba con desdén por el laberinto. "Todo esto es un

sinsentido," dijo Eryx con una risa amarga. **"Tu mente está jugando trucos, y lo mejor que puedes hacer es dejar de buscarle significado a todo. Al final, todo es caos. ¿Qué sentido tiene descifrar estos sueños o enfrentarte a estos dilemas cuando la vida es, en esencia, absurda?"** Eryx defendía una visión desprovista de sentido moral o filosófico profundo. Para él, las experiencias de Dante no eran más que productos accidentales de su mente, sin mayor relevancia.

Dilemas éticos y filosóficos de Dante

Dante se encontraba atrapado

entre estas diferentes visiones del mundo, enfrentando sus propios dilemas filosóficos y éticos. **"¿Debo aceptar mis sueños como parte de mí y aprender a controlarlos, como sugiere Eir? ¿O hay algo más profundo, algo espiritual o trascendental, como dice Aletheia?"** Estas preguntas lo asaltaban mientras vagaba por los corredores del laberinto, pero al mismo tiempo, la visión cínica de Eryx resonaba en el fondo de su mente. **"¿Y si todo esto es un mero juego de mi mente? ¿Si no hay sentido alguno y estoy perdiendo el tiempo en esta búsqueda sin fin?"**

Conforme avanzaba, los caminos del laberinto se volvían más intrincados, y cada paso lo llevaba a una encrucijada entre estas tres visiones del mundo. El dilema ético era claro: ¿Debería aceptar el control nórdico y la disciplina sobre sus emociones, renunciando a cualquier búsqueda más profunda? ¿O debería seguir el camino de Aletheia, explorando la naturaleza espiritual y filosófica de sus sueños, entendiendo un significado más allá de lo inmediato? ¿O, como Eryx, simplemente dejarse llevar por el caos, abrazando la idea de que su lucha era, al final, absurda?

Pero entonces, otra pregunta aún más perturbadora surgió: **"Si estos sueños son un reflejo de mi mente, ¿qué me están mostrando de mí mismo?"** La sombra del gato que Sofía había visto, el llanto del niño, las serpientes y las extrañas figuras en el cielo nocturno... todo parecía tener un propósito, un mensaje que se resistía a ser interpretado claramente. Cada símbolo era un reflejo de su vida, de las decisiones que había tomado y las que no, de los deseos reprimidos y los temores más profundos.

Mientras se enfrentaba a estos dilemas, Dante comenzó a darse cuenta de una verdad fundamental:

el laberinto no estaba allí para ser conquistado, sino para ser comprendido. La lucha interna que libraba no era una batalla por el control, sino una búsqueda de entendimiento. Y quizás, al final, la respuesta no estaba en ninguna de las filosofías que los personajes le ofrecían. **"La verdad no es un solo camino," pensó, "sino una combinación de todos ellos. No puedo vivir sin control, pero tampoco puedo ignorar lo trascendental ni el caos que define la existencia."**

El laberinto continuaba extendiéndose frente a él, pero ya no le parecía tan aterrador. Sabía que la verdadera búsqueda no era

sobre escapar de él, sino sobre descubrir qué significaba ese espacio y cómo reflejaba su propia mente y su existencia. Con cada paso que daba, sentía que la respuesta, aunque distante, estaba más cerca de revelarse. **"Tal vez no hay una verdad definitiva, solo un entendimiento que debo construir."**

Y con ese pensamiento, Dante continuó su camino, enfrentando sus sombras, sus dilemas, y las verdades que habitaban en el corazón del laberinto.

Capítulo 5: El Tribunal de la Verdad

El juicio simbólico de Dante



Mientras Dante se encontraba en ese punto crítico, atrapado entre las llamas que ascendían y la interminable escalera, sintió que el tiempo comenzaba a distorsionarse. El abismo oscuro que se extendía frente a él parecía convertirse en un tribunal sombrío, donde cada paso y cada decisión serían juzgados no por un ente superior, sino por las sombras y figuras que habitaban en su propia mente. La niña sin ojos, el mendigo con su risa burlona, las sombras que corrían junto a él en los sueños... todos formaban parte de un juicio no explícito, pero implícito, en el que se enfrentaba a sus propios miedos y culpas.

El fuego a su espalda era el símbolo del castigo, no uno físico, sino emocional y psicológico. Cada vez que retrocedía, sentía las llamas lamiendo sus talones, como si ese fuego representara las consecuencias de evitar enfrentar la verdad que tanto temía. Al avanzar, la escalera crujiente se tornaba en una prueba, un símbolo de su determinación por seguir adelante, aunque no supiera qué encontraría en la cima. Los faroles tenebrosos lanzaban sombras que parecían más vivas con cada paso que daba, pero ahora no solo proyectaban el terror; eran testigos silenciosos de su lucha interna.

"Este es mi juicio," pensó Dante, aunque nadie lo había pronunciado en voz alta. **"Estoy siendo juzgado no por lo que he hecho, sino por lo que temo hacer. Mis decisiones, mi vida, todo lo que soy, está siendo evaluado."** La imagen de la niña sin ojos y la boca cosida era el símbolo de la negación, la incapacidad de ver y expresar. Era la personificación de su propia ceguera ante sus emociones, ante los recuerdos que había tratado de suprimir. El mendigo, con su guitarra incompleta y su risa inquietante, representaba la burla del destino, el desprecio por el esfuerzo incompleto, por la vida

que no alcanza la totalidad, la perfección. ¿Cómo podía avanzar cuando cada paso se veía cargado de tanta incertidumbre?

Testimonios filosóficos de personajes anteriores

De repente, una voz profunda interrumpió sus pensamientos. **Eir**, el nórdico, apareció en la penumbra. **"No hay nada más importante que lo que puedes controlar,"** dijo con solemnidad. **"Tu miedo, tus pesadillas... todo eso es irrelevante si aprendes a dominar tus emociones. El destino puede poner ante ti cualquier prueba, pero tú decides cómo**

enfrentarlas." Eir le recordaba que el juicio que enfrentaba no era externo. **"El fuego y las sombras solo existen en tanto tú les des poder. Sigue avanzando, controla el pánico, y no temerás lo que encuentres más adelante."**

Pero antes que Dante pudiera procesar las palabras de Eir, otra figura apareció. Era **Aletheia**, la idealista, cuya presencia traía consigo una luz suave y reconfortante. **"Tu búsqueda no es solo una cuestión de control,"** le dijo en tono sereno. **"Estos sueños, estas pruebas, son señales. No todo lo que enfrentas es producto de tu**

mente; hay una verdad más allá de lo que ves. Estás en el camino de algo más profundo, de un sentido, de una realidad que trasciende tus miedos."

Aletheia sugería que las figuras que lo rodeaban no eran solo símbolos de sus temores internos, sino reflejos de una verdad más amplia, un camino hacia un entendimiento superior.

Finalmente, **Eryx**, el cínico, apareció con su habitual aire de desdén. **"¿Ves lo absurdo de todo esto?"** dijo mientras se cruzaba de brazos. **"Este juicio, estas pruebas, no tienen más sentido que el que tú les des. La vida es caos, y estos sueños no**

son más que una manifestación del caos interno que llevas contigo. No te esfuerces tanto por entender, porque no hay un significado profundo. Sigue avanzando si quieres, pero no esperes encontrar una gran revelación al final." Para Eryx, la lucha de Dante no era más que una batalla contra lo inevitable: el vacío existencial.

Reflexión sobre el destino y el libre albedrío

Dante estaba atrapado entre estas visiones contradictorias. "¿Es este fuego el destino que debo enfrentar, algo ineludible que me empuja hacia adelante?"

pensó. **"¿O es mi propia elección la que determinará el desenlace de esta búsqueda?"**

La voz de Eir lo invitaba a tomar el control de su vida, a aceptar que el destino no era más que las pruebas que el universo ponía en su camino, pero que la verdadera elección estaba en cómo reaccionaba ante ellas. **"Yo puedo decidir cómo enfrentar mis miedos,"** pensó, "pero, ¿qué pasará si el destino ya está escrito? ¿Si no hay forma de escapar de estas pruebas?"

Aletheia, por otro lado, sugería que el destino no era una prisión, sino un sendero hacia una verdad superior. **"Si estos sueños y**

figuras me están mostrando algo más grande que mi propia mente, entonces debo seguir. Tal vez, el destino no es algo que me controle, sino algo que me guíe hacia una verdad que aún no comprendo." Para ella, la búsqueda de Dante tenía un propósito más allá de su entendimiento inmediato. "El destino no es la ausencia de libre albedrío; es la oportunidad de descubrir algo más profundo a través de las decisiones que tomamos."

Pero las palabras de Eryx también resonaban en su mente. "¿Y si todo esto es simplemente absurdo? ¿Qué pasa si no hay

un significado oculto, si no hay un destino, y todo lo que experimento es solo el resultado de un caos incontrolable?"

Dante sentía el peso de la incertidumbre: la lucha entre el destino, que lo empujaba hacia adelante, y el libre albedrío, que le daba la opción de retroceder o avanzar, lo abrumaba.

"¿Soy dueño de mi propio destino? ¿O el destino ya me ha dictado este camino, esta escalera interminable?"

Mientras estas preguntas lo consumían, el fuego a sus espaldas rugía con más intensidad, y el crujido de los escalones le recordaba que el tiempo seguía

avanzando, aunque él no tomara una decisión.

Finalmente, respiró hondo y susurró para sí mismo: **"Tal vez no hay una respuesta definitiva. Tal vez, lo que importa no es si el destino me controla o si yo tengo el poder, sino qué hago con las pruebas que enfrento en el camino."** Con esa reflexión, dio un paso más hacia adelante, decidido a descubrir si la verdad, el destino, o su propia voluntad lo llevarían hasta la cima de la interminable escalera.

Capítulo 6: La Iluminación



En ese momento pude reconocer de quien se trataba, era Helena, quise subir dos escalones a la vez y en el intento caí; solo pude ascender uno, ella sonrió me dio la mano y me ayudó a incorporarme, su cabello cubría su rostro, su mano era huesuda, muy fría y bastante deteriorada, la hablé por un momento mas no me respondió; con mis manos levanté su cabello horripilante y pude ver que si se trataba de ella, pero no tenía ojos y su boca estaba cosida, solo era mi imaginación la cual me hacia escuchar su voz; ella trató de abrazarme y al instante la empujé y desapareció. Continué escalando...

Los escalones eran interminables, aquella voz a veces se hacía fuerte y a ratos desaparecía, cuando ya perdí la cuenta de lo que había subido; me detuve para mirar atrás y observar aquel infierno, mismo, que había desaparecido y en vez de eso se pintaba un inmenso jardín lleno de rosas negras y disecas, protegido por esfinges gigantescas que hacían un horrible sonido; y en un abrir y cerrar de ojos eso se empezó a derrumbar por lo que tenía que correr más rápido si no quería caer, cuando ya me cansé paré por un instante ya que le llevaba seis escalones de ventaja al derrumbe. En eso apareció Katia, mi profesora de literatura en el

colegio, la cual alguna vez me había dicho algunas frases filosóficas y existencialistas algo extrañas que no las entendí cuando era un colegial, pero en esos momentos tomaban sentido, ¡tienes que seguir, tienes que seguir decía!, una y otra vez mientras ella se hundía en aquel abismo; luego escuché una voz más fuerte que decía:

"El hombre no eligió vivir, eligieron por él", y aún así pelea contra la muerte aunque ella nunca quiso ser su rival, y aunque el hombre gane algunas batallas, ella ganará la guerra! Esto retumbaba en mi mente al punto de hacerme sentir que

llevaba mucho peso sobre mi cuerpo, pero esto fue desapareciendo lentamente y apareció mi madre; ¡esto es solo una prueba! Decía cuantas veces podía mientras desaparecía entre una luz blanca, cuando estuve a punto de darme por vencido pude divisar el final de aquella escalinata.

Se escuchaban sonidos de tranvías, cuando ya estuve por llegar al final y faltaban tres gradas escuché una voz lejana, ¡regresa, regresa, regresa maldición! ¡Y desperté!, con problemas de respiración y sudoroso, solo había dormido seis minutos, y Sofía estaba muy asustada con su mirada llena de

angustia viéndome todo lleno de sangre...

Entre mí la maldecía por haberme despertado y no permitirme ver qué es lo que hay al final de esa escalinata...

Sofía me abrazó, me limpió y me preguntó ciertas cosas cotidianas tratando de tranquilizarme, pero entre mí, como nunca antes tenía ganas de dormir; mas ella entre ciertas conversaciones me dijo que había llegado una carta para mí. Se puso de pie y buscó entre mis libros, dijo que en algunos de ellos la había puesto, y viendo que no la encontraba se molestó y dijo.-
- Tú y tus disque benditos libros, ya dejarás de comprar tanta

tontería... en ese momento recordé, algo que decía *Milan Kundera en su obra la Insoportable Levedad del Ser*, cuando alguien es lector y ve a otra persona del sexo opuesto leyendo es una señal de amor, o es de la hermandad de los que viven entre los mundos imaginarios de unas ideas. Solo moví la cabeza porque no quería discutir con ella...

En la madrugada se despertó, me dio un beso, "te amo, pero eres de un mundo extraño y eso te hace especial y diferente a mí y un día tendré el valor para dejarte" eso dijo creyendo que estaba dormido, lo repitió una y otra vez aferrándose a mí.

Con esas palabras se puso de pie muy lentamente y salió del mi cuarto. Aunque quizás debía haber pensado en lo que hice esa noche con ella, no pude, ya que enseguida me asaltó un pensamiento de *Nietzsche: que decía "su teoría del doble retorno, lo que exponía diciendo que si las cosas no se las vive dos o más veces no tienen sentido recordarlas ni haberlas vivido porque es como si no hubieran pasado"*.

Quería volver a vivir ese sueño caso contrario no tendría sentido, pero la pregunta que me hacía era: ¿si en el intento de volver a subir esa escalinata muero..? Y entonces recordaba lo que alguna vez escuché decir en una

clase de literatura, "el hombre nace inmortal, la razón lo vuelve mortal" "el miedo que crea la sociedad lo vuelve mortal" porque en sus primeros años vive solo por vivir, dependiendo de su madre, pero cuando aprende a diferenciar, "lo bueno de lo malo, lo blanco de lo negro, la vida de la muerte" inicia una eterna lucha de supervivencia, se aferra a la vida como si esa fuese su única respuesta, gana batallas contra la muerte pero la muerte gana la guerra final, por lo tanto el hombre termina convirtiéndose en mortal nada más que por la razón. Entonces a lo que estamos predestinados sin elección, así

como la vida es la muerte. Cuando pensaba en esto, se me vino la curiosidad por saber lo de la carta misteriosa, empecé a buscarla entre mis libros; desordené y moví todo de su lugar; pero al fin la encontré y cuando la tenía en mis manos, en el sobre no había remitente; solo estaba mi nombre mal escrito, me enojé mucho por eso, la tiré y me acosté boca abajo al cabo de unos minutos quedé nuevamente dormido con las manos en mi rostro restregándolo cerré los ojos por un instante, al abrirlos estaba donde había quedado la vez anterior, mientras un voz decía.

¿Por qué no abriste la carta?
¿Por qué no abriste la carta?
¿Por qué no abriste la carta?...

Entre esa voz llegué al final, y era un campo inmenso lleno de tranvías y tranvías, cada uno de ellos tenía inmensos letreros, que anunciaban diferentes rutas entre ellas a la niñez, a la adolescencia, a los años malos, al futuro, al presente, a recorrer todo el pasado. Me embarqué en el de la niñez, en este tranvía nada más había una chica que estaba sentada en el último lugar que con su cabello tapaba la mitad de su rostro junto a su ojo derecho y con el otro me miraba tristemente, me acerqué, al cabo de unos minutos, dijo:

- ¿Por qué a la niñez?, la mayor parte viaja al futuro, para ver si hace mejor las cosas,
- Dije que no sabía cuál era mi razón, solo era curiosidad, Yo voy porque quiero quedarme dijo, me quedaré, sí, me quedaré y nunca saldré de ahí el boleto que compré no tiene retorno,
- Entonces recordé que mi boleto era similar pero yo si quería regresar., mientras el tranvía ya había hecho algunas paradas.
- Ella dijo hasta qué edad quieres viajar...
- No lo sabía, pero entonces se me vino el recuerdo que mi madre me contaba, que cuando había tenido dos meses de vida me había

contagiado de una enfermedad de esa época; y estuve al borde de la muerte, entonces contesté, me quedaré cuando haya tenido dos meses...

-Está bien, yo también me quedaré ahí, dijo,...

Luego el conductor anunció la parada, y al bajar el primer escalón ella desapareció, miré al conductor como interrogándolo y dijo con su voz cansada y lenta, cada una verá lo suyo no lo harán juntos. Descendí, luego de dar unos pasos en una eternidad vi tras unas vitrinas un bebé con muchos aparatos para que viva, mi madre junto a mi padre en un pasillo desolado y lleno de quejidos con

sus caras llenas de angustia; sus miradas desvanecidas, mi padre con unas lágrimas, solo aforrándose a la esperanza que ya no tenía color alguno; esto me llenó de tristeza y quise mirar al pasado; pero me encontré con una muralla del tiempo invisible, la cual no me permitía caminar para atrás y solo para adelante, al quedarme atrapado ahí caminamos y pude ver mi recuperación, luego me encontré que a los tres años una nueva enfermedad me había atacado y estaba nuevamente al borde de la muerte, veía una señora religiosa que oraba a mi alrededor encomendándome a un Dios que aún no lo conocía, al dar

un paso más me encontré con una parada y me embarqué después de suplicarle al conductor que me llevara a la terminal. Ya en la terminal del tiempo me embarqué a mi adolescencia y el costo del boleto era unos cuantos minutos de mi vida, me encontré nuevamente que estaba al borde de la muerte, lleno de aparatos, y además veía que pude haber evitado ese accidente y no estuviera en ese estado; otra vez mis padres en un mar de lágrimas, no quise ver nada más de mi pasado ya que siempre me encontraba en tiempos difíciles de mi vida, regresé a la Terminal; fui hacia las gradas por donde había

ascendido, pero no había más que un inmenso campo lleno de tranvías y tranvías, esta vez marcados con horas específicas, me senté en una banqueta a lado de un mendigo el cual me dijo: "Ya estoy mucho tiempo tratando de encontrar el tranvía que me lleve de regreso".

No le contesté nada y solo empecé a caminar en sentido contrario al que caminaban algunas personas sin rostro y encorvadas, como en un sistema mecanizado que les habían robado la identidad en el cual nadie podía parar por el mismo hecho que ya los tenían consumidos y sometidos sus minutos de vida.

Me encontré que al fondo de un callejón sin salida había un inmenso reloj donde se podía ver la historia de la humanidad, toda su evolución, sus guerras, la división de clases, las justicias e injusticias, pobreza y riqueza; me quedé observando y eso era tridimensional, lo que supuestamente veía solo era imaginación, y cada vez que me acercaba más unos pétalos del piso se rompían y se convertían en imágenes de mi vida destruidas y atascadas en un pensamiento. En aquel reloj apenas había pasado un minuto, ahí el tiempo corría de acuerdo como solo él quería, como en aquel templo de la ninfa donde

quedó atrapado cinco años Ulises y él pensaba que habían pasado cinco días, solo que ahí el tiempo era más lento, entre estos análisis y otras interrogantes salí de ese lugar.

Se puso frente a mí el tranvía hacia el futuro, era gratis, pues así lo anunciaba una voz, me embarqué y en cada parada pensaba que encontraría algo; todo era una monotonía paralizada sin nada. Cuando estuve de retorno, Helena apareció después que se bajara de un tranvía que saliera de una intersección del pasado, subió a mi tranvía acompañada de su aura que la hacía ver muy hermosa, se sentó a mi lado y dijo:

Recuerdas que imaginábamos juntos un futuro muy lindo, pero nos separamos y ese futuro solo quedó como una simple flor marchita y olvidada la cual viste al ascender aquí por aquella escalinata, recuerdas los viajes que querías hacer conmigo, recuerdas las largas noches de pasión viajando a través de las caricias, besos, y promesas; pero ahora ya no piensas en eso verdad. Sabes, el futuro y el presente lo haces tú por la suma de tus decisiones no la suma de tus casualidades, una casualidad y marca tu vida si como lo hice yo en tu vida; pero de una decisión tomada anteriormente. Recuerda

que la suma de tus decisiones va pintando tu presente al cual al pasar cada minuto se convierte en tu pasado y las siguientes decisiones van convirtiéndose en tu futuro inmediato, y los sueños que muchas veces quieres alcanzar se cumplen porque están inmersos dentro de tus buenas decisiones, dime: ¿por qué no abriste la carta? cuando dijo esto llegamos a la Terminal, y al bajar dijo, yo ya no soy parte de tu presente ni de tu futuro se dio la vuelta y se embarcó hacia el pasado.

Cuando me senté en una banqueta nuevamente tratando de entender las cosas, me quedé dormido y desperté en mi cama, me levanté

desesperado a buscar la carta; la encontré bajo mi cama, la abrí rápidamente... Era de Helena: *Hola, sabes que después que nos separamos siempre intente acercarme nuevamente a ti, pero nada era como al inicio. Aunque cada noche, en estos días de mi padecimiento suplicaba encontrarte y sentirte para despedirme junto a un abrazo, quería que te acercaras a mí por última vez y percibieras el aroma de mi cabello junto a mi rostro pálido, sujetaras mis manos huesudas y maltratadas como en nuestros mejores tiempos o como cuando imaginábamos nuestro futuro próspero, pero al ver que no te he encontrado decidí escribir esta carta en la que me despido y solo soy parte de tu pasado, donde te amé demasiado, mi*

*tiempo se acabó ¿y el tuyo?...
Recuerda, lo nuestro fue una casualidad
y la Terminal del tiempo tu retorno....*

Capítulo 7 Final: El Último Tranvía



Dante llegó a la plataforma, exhausto y con la carta de Helena arrugada en su mano temblorosa. El papel era un recordatorio tangible de los innumerables caminos que había recorrido en la Terminal del Tiempo, enfrentándose a los fantasmas de su pasado y a los ecos de las decisiones que nunca tomó. Había revivido momentos cruciales, confrontado sus errores, pero también había sido testigo de la vida que podría haber tenido si hubiera elegido de manera diferente.

El último tranvía lo esperaba, solitario. El letrero en su frente titilaba, como si también dudara de su destino. "Destino: El Futuro." Las palabras se sentían pesadas, llenas de promesas y advertencias.

Miró a su alrededor. La plataforma estaba envuelta en una quietud extraña, como si el tiempo hubiera decidido detenerse solo para él. Los tranvías que alguna vez cruzaban incesantemente por la Terminal ahora estaban en silencio. Por primera vez desde que llegó, no sintió la urgencia de tomar una decisión inmediata. Ya no había tranvías hacia el pasado,

hacia las versiones de sí mismo que había dejado atrás. Solo quedaba uno, y este era irreversible.

Sus pensamientos volvieron a la carta. Las palabras de Helena seguían pesando en su mente: *"Siempre quise despedirme de ti, pero nunca pude. Mi tiempo ha terminado. ¿Y el tuyo?"*

Se preguntó si alguna vez había tenido realmente el control. Durante todo su tiempo en la Terminal, había creído que podía reescribir su historia, que de alguna manera cambiaría lo inevitable. Sin embargo, lo que realmente le había enseñado este viaje era que el

pasado, por más que uno intente reescribirlo, no define quién eres. Era el presente, ese momento justo antes de tomar la siguiente decisión, lo que realmente importaba.

Con un suspiro profundo, Dante subió al último tranvía. El vagón estaba vacío, como si fuera solo para él. Se sentó en el primer asiento junto a una ventana. A través de ella, la Terminal comenzó a desvanecerse, lentamente borrándose de su vista. Mientras el tren se alejaba, las luces titilaban en la distancia, volviéndose cada vez más débiles hasta que desaparecieron por completo.

Miró su reflejo en el cristal, pero lo que vio no era la imagen de un hombre cansado, sino de alguien transformado. Ya no era el mismo Dante que había llegado a la Terminal, perdido y en busca de respuestas. Era un Dante que había aceptado la incertidumbre de la vida, que entendía que las decisiones no eran cuestiones de destino, sino de cómo se enfrentaba al presente.

En ese momento, sintió una presencia cálida junto a él. Giró su cabeza y, en el asiento opuesto, vio a Helena. Su cabello caía suavemente sobre sus hombros,

pero su rostro estaba tranquilo, más sereno de lo que la recordaba en sus últimos días. Sabía que no era real, pero en el silencio del tranvía, no importaba.

—"Siempre pensaste demasiado en el destino, Dante" —le dijo ella, con una voz suave, casi como un susurro—. "Pero no todo está escrito. Tú escribes tu propio final con cada paso que das."

Dante la miró fijamente, sus ojos llenos de nostalgia y agradecimiento. Quiso responder, pero las palabras se le escapaban. Solo podía sonreír. Helena se desvaneció, como una sombra

disipándose al amanecer, dejando una sensación de paz en su lugar.

El tranvía aceleró, y las luces afuera comenzaban a aparecer de nuevo, brillando con más fuerza. Era como si el mundo estuviera despertando a una nueva realidad, una que Dante aún no había visto pero que estaba listo para explorar. A través de la ventana, las estrellas parecían más cercanas, más vivas, y el paisaje que antes era incierto comenzaba a tomar forma. Montañas, mares, y ciudades de ensueño desfilaban ante él, promesas de lo que estaba por venir.

Cada vez más, comprendía que no se trataba de encontrar respuestas definitivas. La Terminal del Tiempo le había mostrado que la vida no era una serie de decisiones predeterminadas, sino un lienzo en blanco que él mismo tenía el poder de colorear. Había pasado tanto tiempo buscando un sentido, una verdad absoluta, que no se había dado cuenta de que el acto de elegir, de seguir adelante, era en sí mismo el propósito.

Finalmente, el tranvía se detuvo. Dante descendió lentamente, sus pies tocando una plataforma completamente nueva, diferente de la Terminal que había dejado atrás. En el aire había un aroma

dulce, y el cielo sobre él se extendía como un manto de colores infinitos. Por primera vez en mucho tiempo, no sintió el peso del pasado sobre sus hombros. Ya no había tranvías que lo llamaran hacia caminos no tomados, hacia futuros posibles. Solo había el ahora.

Frente a él, un sendero serpenteaba hacia el horizonte, invitándolo a seguir adelante. Dante respiró hondo, y con cada paso que daba, sentía que el futuro, ese futuro que tanto temía, se iba desvelando. No sabía a dónde lo llevaría el camino, pero finalmente estaba listo para descubrirlo.

Porque lo importante, se dio cuenta, no era lo que había dejado atrás, ni lo que aún podría pasar. Lo importante era que, por primera vez, había decidido avanzar sin mirar hacia atrás.

El futuro estaba por escribirse, y esta vez, Dante tenía la pluma en sus manos.

Fin

En un mundo donde el tiempo se convierte en un laberinto de decisiones y recuerdos, Dante se encuentra atrapado entre el pasado y el futuro. Tras de una persona, su vida se convierte en un viaje introspectivo hacia la Terminal del Tiempo, un lugar donde los tranvías no solo transportan a los viajeros, sino también a las emociones, las esperanzas y los temores que han marcado su existencia.

Mientras avanza por sus interminables pasillos, Dante se enfrenta a sus propios fantasmas: sombras del pasado, decisiones no tomadas y la búsqueda de su verdadero ser. A medida que el tiempo se pliega y se desdibuja, se encuentra en un juicio simbólico que cuestiona su identidad y su propósito en un universo lleno de posibilidades infinitas.

La Terminal del Tiempo es una exploración poética y filosófica de la lucha humana por encontrar sentido en el caos, donde cada paso hacia adelante es una confrontación con lo que significa realmente existir. Acompaña a Dante en su viaje de autodescubrimiento, en un relato que invita a reflexionar sobre el amor, la pérdida y la fragilidad del tiempo.

Ricardo Pante



Editorial
Mundos
Alternos

ISBN: 978-9942-7324-2-2



9 789942 732422